

No. 15 - Octubre - 1953



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Irás Sobre la Vida de las Cosas

Enrique González Martínez

*Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud, que todo lleve
a tu sensorio luz, blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.*

*Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.*

*Y que llegues, por fin, a la escondida
playa de tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.*

(Fragmento)



Revista Infantil Nacional
Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

GUILLERMO SOLERA R.

VILMA HERRERA MADRIZ

San José — Costa Rica

Sumario:

Irás sobre la vida de las cosas	1
Canción de cuna	2
La música del caimán	4
Cristóbal Colón	7
Canción de niños	8
El Príncipe Feliz	10
El arte primitivo	14
Página de los niños	16

OCTUBRE 1953

NUMERO 15

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

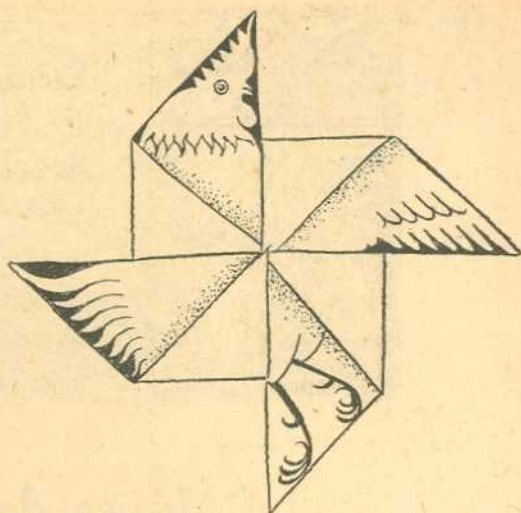
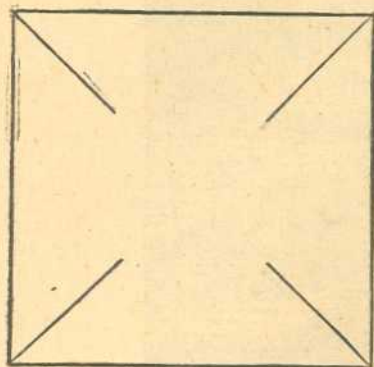
VALE:

¢ 0.20

Canción de Cuna para dormir a un negrito

Ninghe, ninghe, ninghe,
tan chiquito,
el negrito
que no quiere dormir.
Cabeza de coco,
grano de café,
con lindas motitas,
con ojos grandotes
como dos ventanas
que miran al mar.
Cierra esos ojitos,
negrito asustado;
el mandinga blanco
te puede comer.
¡Ya no eres esclavo!
Y si duermes mucho,
el señor de casa
promete comprar
traje con botones
para ser un "Groom".

Ildefonso Pereda Valdés



Es muy conocido el "volador" o "hélice" que se hace de un cuadrado de papel, con los cortes diagonales que se indican en la primera figura, y trayendo al centro puntas opuestas. Pero podemos añadirle la figura de un gallito bailarín, que girará alegremente si clavamos el volador al extremo de un mango de madera.

ADIVINANZAS

Salgo de la sala,
voy a la cocina,
meneando la cola
como una gallina.

Sin ninguna ceremonia,
con el sombrero calado,
se sienta delante del rey
del Papa y del magistrado.

Solución a las adivinanzas del N° 11

1. La cebolla — 2. La piña.

"ALBUM ESCOLAR COSTARRICENSE"

Ya está a la venta en la Librería ATENEA el SEGUNDO TOMO de este importante libro de consulta. Contiene un valioso material para celebraciones escolares del segundo semestre.



La Música del Caimán

El caimán tenía una música muy linda y estaba orgulloso de ella. El perro, que fué un día a bañarse al río, la oyó.

—¡Ay, compay! présteme su música, le dijo, el perro.

El caimán le prestó el pito. Y el perro comenzó a tocarlo así:

Findicabón, findicabón,
Pito casiba nué,
Congo na luanga,

que era la música del pito.

El caimán le dijo:

—Bueno, compay, ya usted tocó un poquito. Y le pidió la música.

—Está bien, compay, déjeme tomarle el gusto otra vez, le contestó el perro.

El caimán consintió que tocara de nuevo, pero el perro hizo así: cogió el pito, lo ocultó en su boca, y en un descuido del caimán, se escapó con él.

El perro ganó mucho dinero con el pito. Tocó y tocó:

Findicabón, findicabón,
Pito casiba nué,
Congo na luanga.

Cuando le preguntaban de quién era la música, el perro respondía:

—No es música mía. Me la mandó Dios.

Y cuando le preguntaban de dónde era, afirmaba:

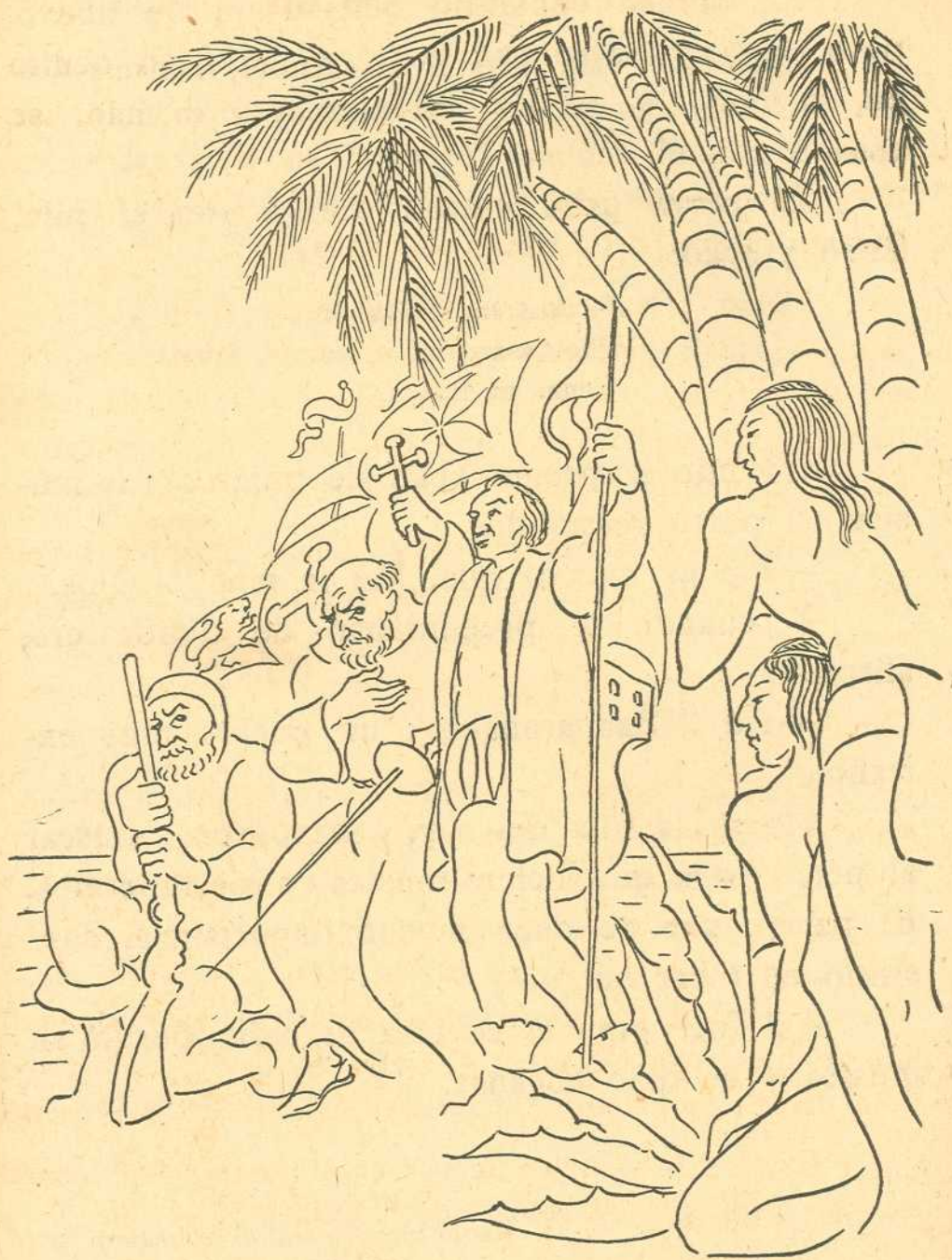
—De “Diangarangón”, un pueblo muy extraño.

Murió la hija del rey, y mandaron a buscar al perro para que hiciera música en los funerales. El perro, que se daba mucha importancia, consintió en tocar su pito.

Así fué como el caimán, de bobo, perdió su música y se dejó engañar.

ALBERTO BAEZA

(De la tradición oral de los congos)



Cristóbal Colón descubre la primera tierra americana

Cristóbal Colón

Cristóbal Colón, natural de Génova, fundamentándose en sus conocimientos geográficos y en informes obtenidos del florentino Toscanelli en carta escrita en 1744, comprendió que se podía llegar a Las Indias siguiendo la ruta del Océano Atlántico.

Como existía la posibilidad quiso él realizar ese viaje. No tenía dineros para tal empresa, apenas contaba con su voluntad, su fe y su entusiasmo. Y fueron suficientes. Los medios los tenían los reyes de Portugal o España y podían ayudarlo. ¿Cómo interesarlos?

Muchas dificultades venció Colón. Los reyes del Portugal no dieron importancia a su plan y los de España no tenían interés. Pero Colón insistió una y otra vez, y por fin logró ser comprendido y ayudado por los Reyes Católicos.

El 3 de agosto de 1492 vió realizado su sueño; salió del Puerto de Palos con tres carabelas; la Pinta, la Niña y la Santa María, y con 180 hombres; y el 12 de octubre, descubrió la primera tierra americana, la isla de Guanahaní que él llamó San Salvador. Descubrió además las islas de Cuba y Haití y regresó a España donde fué recibido con honores y donde obtuvo la confirmación de los títulos de Almirante, Gobernador y Virrey.

Realizó tres viajes más, descubriendo otras islas de las Antillas y las costas del continente.

Murió Cristóbal Colón en Valladolid, España, en 1506, sin saber que había descubierto un nuevo mundo, el continente que más tarde se llamó América.



Canción de Niños

ENRIQUE BANGHS

Gato Embotado viene y va,
 con una mano en la cintura,
 con el sombrero
 de mosquetero
 donde una larga pluma oscura
 hace que no y hace que sí.
 Por un sendero de alelí
 Gato Embotado viene y va,
 ¿Qué pensará?, ¿quién lo sabrá?

Gato Embotado viene y va,
 ¿pensando en qué? ¿quién lo sabrá?
 En toda Francia
 no hay arrogancia

como la de él. Cuando el acero
saca a brillar, fuerte y ligero,
hasta las ranas, a su paso,
se echan al agua, por si acaso.
Gato embotado viene y va,
y lo que piensa Dios sabrá.

Gato Embotado viene y va,
Caperucita cruza el prado.
—¡Eh!, por aquí nadie ha pasado
sin enseñarme lo tapado:
¡Señora; presto
vuelque su cesto!
—Gato Embotado, buen amigo,
llevo quesillo y pan de trigo.
—Gato Embotado lo verá.

Caperucita abrió el cestillo,
ni pan llevaba ni quesillo,
pero, ligero y asustado,
salió corriendo un ratoncillo.
Gato Embotado se ha 'arrojado
y a cuatro patas va tras de él;
por un ratón perdió el sombrero,
su guante inglés, con él su acero;
y no perdió su buen corcel
porque él usaba andar a pie
por la razón no sé por qué.



El Príncipe Feliz

(Continuación)

Pero nadie le hizo caso y al volver la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—He venido para deciros adiós—le dijo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita!—exclamó el Príncipe—. ¿No te quedarás una noche más?

—Es invierno—replicó la Golondrina—y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente los árboles de la orilla del río.

—Allá abajo en la Plazoleta—contestó el Príncipe Feliz—, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo. Dáselo y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche con vos dijo la Golondrina—. Pero

no puedo arrancaros el ojo porque entonces quedarías ciego del todo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita!—dijo el Príncipe—, Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el segundo ojo del Príncipe y emprendió el vuelo llevándose.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal!—exclamó la niña. Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe.

—Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.

—No, Golondrinita—dijo el Príncipe. Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré con vos para siempre—dijo la Golondrina.

Y se durmió entre los pies del Príncipe. Al día siguiente, se colocó sobre el hombro del Príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas a orillas del Nilo y pescan a picotazos los peces de oro; de la Esfinge que es tan vieja como el mundo, que vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar, en sus manos; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que adora un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; y de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

—Querida Golondrinita—dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuela por mi ciudad, Golondrinita, y dime lo que veas.

Entonces la Golondrinita voló por la gran ciudad y vió a los ricos que se festejaban en sus magníficos palacios mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vió las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niñitos abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos!—decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí!—les gritó un guardia. Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la Golondrina reanudó su vuelo y fué a contar al Príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino—dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis pobres, los hombres creen siempre que el oro puede hacerles felices.

Hoja por hoja arrancó la Golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz se quedó sin brillos ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por las calles.

—¡Ya tenemos pan!—gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

La pobre Golondrinita tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: le amaba demasiado para hacerlo. Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, amado Príncipe!—murmuró—. Permitid que os bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, Golondrinita, dijo el Príncipe—. Haz permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.

—No es a Egipto donde voy a ir—dijo la Golondrina—. Voy a ir a la montaña de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besando al Príncipe en los labios cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante sonó un extraño crujido en el interior de la estatua como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío horrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el Alcalde se paseaba por la Plazoleta con los concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz!

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso!—dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del Alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar a la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado—dijo el Alcalde—. En resumidas cuentas está lo mismo que un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero!—repitieron a coro los concejales.

—Tiene a sus pies un pájaro muerto—prosiguió el Alcalde—. Realmente habrá que promulgar un decreto prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario de la Municipalidad tomó nota de aquella idea.

Entonces fué derribada la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Al no ser ya bello de nada sirve!—dijo el profesor de Estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el Alcalde reunió al Concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podríamos—propuso—hacer otra estatua; la mía, por ejemplo.

—O la mía—dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron disputando.

—¡Qué cosa más rara!—dijo el oficial primero de la fundición—. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como deshecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura donde yacía la Golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad—dijo Dios a uno de los ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien—dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

Oscar Wilde.



El hombre primitivo decorando su caverna.

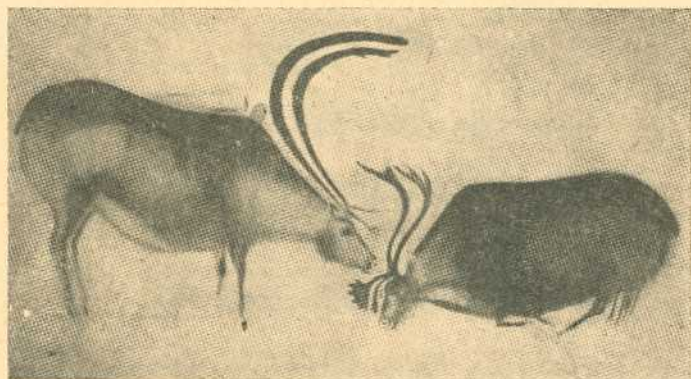
El arte primitivo

A fines del siglo pasado, un científico español, interesado en hacer investigaciones sobre la antigüedad del hombre en la tierra, se introdujo en una cueva del Norte de España en Altamira. Lo acompañaba una hija de pocos años de edad. Su padre buscaba en el suelo huesos o utensilios primitivos, a la luz de la lámpara que había encendido por lo oscuro de la caverna, cuando su hija descubrió unos animales pintados en el techo, exclamando: ¡toros!, ¡toros! Eran bisontes, que los hombres de épocas prehistóricas, es decir, pertenecientes a antiquísimas edades antes de que se inventara la escritura, habían pintado en la caverna.

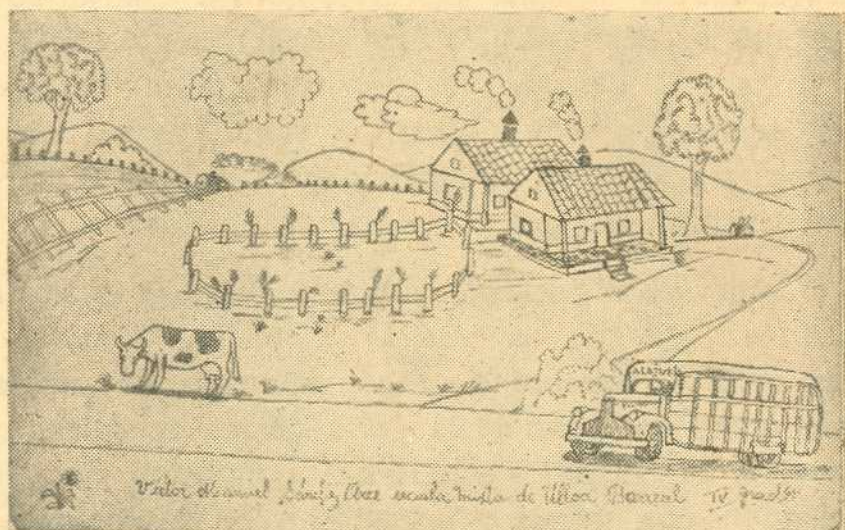
Los científicos, al principio se negaron a creer en la antigüedad de aquellas pinturas, porque estaban admirablemente hechas y los colores perfectamente conservados, hasta que después fueron halladas en la misma región de los Pirineos en España y en Francia, cuevas similares que no dejaban lugar a duda de que se trataba de artistas prehistóricos.

Como eran cazadores lo que más les interesaba en la vida y en el arte, eran los animales, y en las cavernas oscuras, alumbrándose con lámparas de piedra y usando como combustible la grasa de los animales, pintaron ellos sus bisontes y renos, y con la misma grasa, mezclándola con tierras u ocreos hicieron sus colores.

Los movimientos de los animales saltando o corriendo, estaban tan bien observados que, cuando la fotografía pudo mostrar por medio de instantáneas cual era la posición exacta de los animales en sus movimientos rápidos, se encontró, que correspondían a las actitudes que los pueblos cazadores tan finamente habían observado y con toda habilidad supieron expresar.



Pintura de cuervos encontrada en una antigua caverna en España.



Víctor Manuel Sánchez Arce
IV Grado. Escuela Mixta de Ulloa. Heredia.

PAJARITOS

Viene el sol lanzando
su luz hacia el bosque,
calentando los pájaros
que salen del nido.
Allá en su espesura,
a orillas del riachuelo,
se desata un revoloteo:
un voraz gavilán
devorando está los pichoncitos...

Más tarde a la orilla del nido
el triste y apesarado yigüirro
no puede llorar:
Su corazón está hecho pedazos.

F. Betancourt - V Grado
Escuela Ascensión Esquivel. Liberia.